te amé. En 1856 le dedicaba la *Canción* en que leemos estos hermosos versos:

«Amor nuestras almas
Unió de tal suerte,
Que sólo con verte
Me siento feliz.

Para ella escribía, igualmente, *La entrada de la noche*, en tres estancias, á cual más bella y más ardiente. Sirva de muestra la última:

«La hora se acerca ya en que voy á verte,
Y bendigo la noche. Sus estrellas
Más apacibles son, y son más bellas
Cuando alumbran tu faz.
Si vieres que en mi frente oscura nube
Ponen tal vez del mundo los enojos,
Disipela, amor mío, de tus ojos
El brillo angelical.»

La misma inspiraba en el propio año de 1856 la SILVA: *¿Por qué nace tan llena de alegría—La sonrosada aurora?* y la FLOR DEL ALMA. En 1857 le consagraba el hermoso soneto *El campo y el estío*, y, por ultimo, el año de 1858 brotaba de la pluma del dichoso poeta: EL DIA DE LA BODA. En este epitalamio dice entusiasmado á su esposa:

«¡No más cantos de amor bajo las rejas!
¡No más suspiros vanos!
¡No más de gloria sueños y consejas
De tiempos ya lejanos!

Son recias tempestades pasajeras,
Amores juveniles,
Y mueren, no bien nacen, las primeras
Rosas de los pensiles.»

Y así murió aquel primer amor del poeta, que nunca había de revivir, según lo declaraba á Diana. Pero, si «la tumba de flores rodeada» no era un obstáculo para que á su tiempo germinasen nuevos amores, ¿por qué no amó el vate á aquella mujer para quien escribía, no un soneto de pocos renglones, no un epigrama ni una breve cancioncilla, de las que se componen por juego, sino una leyenda, un poema de *largo aliento* (como hoy se dice), bien meditado y corregido, propinado al público primero *á pequeñas dosis* en "La Cruz," luego en la edición de 1859, y, por último, en la de 1892? En los versos citados encontramos la clave de esta anomalía, como á primera vista parece.

Si se leen con atención las poesías dedicadas á la que fué su esposa, se encontrarán frías, comparadas con las que consagra á Diana. Esto quiere decir que cuando pensó seriamente en la realidad de la vida, no quiso para compañera perpetua á una *romántica*, por bella y discreta que fuese, sino á una mujer que reinara en su hogar y en su corazón, y llegara á ser, como lo fué á su tiempo, madre modelo y educadora perfecta de sus hijos. Se me figura también que los versos que pone en la boca de Carlos, revelan las dudas y escrúpulos personales del admirador de Diana.

«Dime si debo amarla, cuando sigue
La desgracia mis pasos tan de cerca,
Que la joven que tanto me quería
Duerme en silencio ya bajo la tierra.
Dime si es dable que retoñe el árbol
Del corazón que el desengaño seca,
Cuando sus ilusiones y esperanzas
Como el humo fugaz fueron deshechas.»

El árbol que retoñó tres años después, aún no estaba maduro en 1851. Quizás en este espacio de tiempo sobrevinieron acontecimientos que lo alejaron de aquella «inteligente y rara mujer, que sirvió de modelo á mi heroína (como dice en el prólogo de la última edición) y que sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, *vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible.*» Si tales conjeturas son exactas, debemos felicitarnos los amigos del vate, porque supo dar vuelo á su admiración lo bastante para producir un poema tan bello, y tener el juicio y discreción suficientes para unir su suerte con quien lo hizo feliz.

Ya que no amó al modelo, ¿amó á su *creación?* Al repetir esta pregunta, me refiero no al poema en general, que nos consta que fué su hijo predilecto, sino al personaje, á la heroína creada por su fantasía, á Diana *idealizada.* Los que no han vivido entre artistas quizá no comprendan todo el alcance de esta distinción. Todo pintor, escultor ó poeta necesita un modelo. Pero ¿cuántos ha habido en el mundo tan afortunados

como Canova, que encontró á una Paulina Bonaparte, perfecta de pies á cabeza? El artista ordinario se ve obligado á poner ojos, manos, cabellera ajena en el cuadro, que si se copiara de la naturaleza sin cambiar un ápice, resultaría menos bello, como sucede hoy día con los *modernistas* en arte. La estatua, pintura ó descripción de esta manera hermoseadas, sin dejar de ser retratos, resultan muy superiores al modelo; y de estas figuras *idealizadas* se enamoran los artistas. Ahora bien, Diana *idealizada* por el poeta, es decir, loca por quien no la merecía, y mala religiosa (como tiene que ser quien entra al claustro sin vocación) ¿es superior á la Señorita G*** romántica, sensible, desgraciada; pero que *no se halló en estos lances* de la leyenda? A mi juicio no lo es; y dudo mucho que lo haya sido á los ojos de Roa, cuyo criterio en materias religiosas y morales, fué siempre recto, puro y justísimo, como vamos á verlo antes de terminar este estudio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda.»

Así empieza el canto VII de la primera parte, en que describe al personaje más importante de la leyenda, después de la heroína. ¡Sí los hay! y de primera calidad, y bien mezclados. Con ellos traza los lineamentos, y las sombras, y los más insignificantes rasgos del retrato; y le da movimiento y vida, y lo con-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

vierte en la figura más perfecta, y á fuerza de deformarla, más bella y más atractiva del poema. Así el pincel de Miguel Angel, la pluma de Dante y el lápiz de Gustavo Doré, nos representan á los espíritus infernales tan maravillosamente monstruosos, que pierden su fealdad, y agradan á la vista, y mientras más aborrecibles más nos enamoran y encantan. Va á juzgar el lector por los pocos rasgos qne copio.

«No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Alvarez, pueda,
O si, á pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.
Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres á los pueblos oprimidos
Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos.....
.....
«Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte;
Es hombre nulo para ti el artista
Y máquina venal quien sigue á Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solicito á otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba ..... ¡es su honorario!
.....

«.....Dime cómo
Hirió el amor tu corazón de acero.
..... Yo quiero
Me digas si á Diana haces la ronda
O á sus ricos diamantes de Golconda.»

Este funesto personaje es quien usurpa el disfraz de su rival, para comprometer el honor de Diana, quien propina á Carlos un veneno, ó narcótico, en la copa con que brinda á su salud y á sus amores; el que causa todas las desgracias de la hermosa mujer cuya mano en balde pretende, y sigue medrando con sus ilícitos manejos, mientras mira impávido la ruina de sus víctimas.

¿Cómo es que Roa, con tan pocos rasgos lo pintó tan á lo vivo, y lo hizo tan terríficamente interesante? Porque lo pintó *con amore* (como dicen los artistas). Profundamente religioso desde su juventud, y persuadido que sólo al abrigo de la Iglesia puede salvarse la sociedad, combatió con su pluma, desde un principio, á cuantos atacaban á la una ó á la otra. No se contentó con las polémicas periodísticas. En todos sus escritos procuró hacer amables á sus correligionarios, odiosos á sus adversarios; y no dejaba pasar la ocasión de disparar una saeta á los últimos. He aquí por qué delineó tan admirablemente el carácter y la historia del demagogo.

Sólo la parte final no me gusta, y por eso he dicho que el desenlace es menos trágico de lo que teníamos

derecho á esperar. Huyendo del furor del hermano y del favorecido pretendiente de la infeliz Diana, cae en el Atoyac, y perece ahogado en las ondas del río, hinchado por la tempestad. Mejor hubiera sido que muriera Alvarez (quien había ascendido á Ministro) ajusticiado por su propio partido, ó víctima de la plebe en una asonada popular. Pero los buenos cristianos no saben matar ni aun en romances. Ahí está como ejemplo, que disculpa á Roa, el insigne novelista Padre Coloma. ¿Hay muerte menos *satisfactoria* á los ojos del público que la del hijo de *Currita* en «*Pequeñeces*,» ó la de *Boy* en la novela de este nombre?

IV

DIEZ años más tarde (1861) escribió Roa «*La Cuesta del Muerto.*» Es una preciosa leyenda, en muchos puntos parecida á *Diana;* en otros, diametralmente diferente. Su base es una tradición ya formada, y se funda en un hecho verídico. La época se remonta al siglo diez y ocho; y aunque la narración de los sucesos, se haga á mediados del décimonono, el autor no puede ser tan *subjetivo* como en el poema anterior. El actual se reduce también, como aquél, á *amoríos de casa de campo.* Pero su relativa antigüedad y la categoría de los personajes, le da un interés que no puede tener un drama contemporáneo; y los amores son en sí trágicos, terroríficos, sin que el poeta tenga que hacer esfuerzo alguno para darles importancia ó color.

Así es que, aunque los versos sean igualmente vigorosos en una y otra leyenda, las descripciones igualmente poéticas, los episodios trazados con la misma

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
3302